

Strauss-Kahn, Woerth, Sarkozy... ¿Han ido demasiado lejos los magistrados?¹

Franck Johannès

La cuestión no es nueva, pero es menos simple de lo que parece. Primero, por que engendra exigencias paradójicas : unos se preguntan quiénes se creen los jueces, estos magistrados de legitimidad dudosa. Otros, los políticos son intocables y, según usted sea poderoso o insignificante, las decisiones judiciales le consideraran blanco o negro; por el contrario, los mismos jueces son permanentemente sospechosos de tirar de goce inculpando un poderoso de este mundo.

¿Qué debía hacerse? Al término de la instrucción, el juez sopesa las cargas, y decide si se debe o no enviar un procesado ante un tribunal. La decisión es necesariamente compleja –y discutible. Que el Ministerio Público, tanto respecto a Dominique Strauss-Kahn como a Eric Woerth, se haya opuesto importa poco- es legítimo que las opiniones sean divergentes, y he ahí los fiscales, constantemente sospechosos de ser influenciados por los deseos del Gobierno, revestidos de repente de una prudencia oportuna y de un buen sentido.

Si el minúsculo « grupo de teatro » del Hotel Carlton hubiese sido juzgado sin Dominique Strauss-Kahn, no habrían faltado voces lamentando que sólo hubieran juzgado a los segundones. « Es siempre provechoso de tener un debate público, contradictorio, que puede concluir con una liberación pública, que un « no ha lugar » a hurtadillas en una oficina – opina Robert Gelli, director de asuntos criminales y de gracias del Ministerio de Justicia. La justicia, *in fine*, restablece las cosas, porque no está en las manos de una sola persona. »

Los procedimientos contra los políticos no paren siempre sólo un ratón, y la lista de personajes definitivamente condenados es larga de Jacques Chirac a Alain Juppé, pasando por Alain Carignon, Patrick Balkany, Henri Emmanuelli ou Jean-Christophe Cambadélis... Por falta de elementos probatorios suficientemente sólidos, muchos otros, felizmente, han escapado a la condena. Dominique Strausse-Kahn, en el asunto de la Mutualidad Nacional de los Estudiantes de Francia, Robert Hue en el del Estudio de Abogados Gifco, Gérard Longuet en diversos otros, Eric Woerth por el Hipódromo de Compiègne, o Nicola Sarkozy, cuyo nombre es citado en numerosos expedientes, que ha beneficiado de un « no a lugar » en el asunto Bettencourt.

Queda sin embargo que una « puesta en examen » se lleva como un grillete durante muchos años. « El problema de las instrucciones es que duran mucho, admite Renaud van Ruymbeke, juez de instrucción desde hace más de treinta años. Se practica mucho contradictorio en su desarrollo y, por tanto, los recursos se multiplican sobre todo al final de la investigación. Las

¹ Strauss-Kahn, Woerth, Sarkozy... Les magistrats sont-ils allés trop loin ?, publicado en el diario **Le Monde** del 6 de marzo de 2015 y traducido del francés por Joseph Dupuit, jurista.

apelaciones contra las decisiones del juez ante las Cámaras de Instrucción y, en caso de decisión negativa, ante la Corte de Casación, duran un promedio de dieciocho meses en París ». Sigue luego una etapa muy larga e hipócrita, en la que la prensa se apodera del asunto –y las violaciones al secreto de la instrucción no son imputables al juez instructor, agrega Ruymbeke.

Es en esta etapa que la reputación y el honor de la persona sometida a proceso son más maltratados, la publicidad resulta tan lamentable para la presunción de inocencia como provechosa para el derecho a la información. Es una de las paradojas de la democracia : « en donde Putin no hay revelaciones », concluye sobriamente el magistrado.

La imagen del « pequeño juez » y del fiscal mandamás de los años 1990 no existe más. El cambio se produjo curiosamente en el asunto Outreau, caso de abusos sexuales sobre niños que, en 2004, se desmoronó en la audiencia. Su juez de instrucción había sido ridiculizado, arrojado a la fosa de los leones, a pesar de no ser el único responsable de las decisiones, y los magistrados instructores habían sentido llegar su última hora. Pero, por el contrario, han sido creados los « polos de investigación », y la codirección de los asuntos : el pequeño juez de antaño no está más solo y trabaja en equipo, con una armadura más sólida –aunque todavía frágil : el juez Jean-Michel Gentil, encargado del asunto Bettencourt junto con otros dos colegas, ha sido objeto de ataques *ad hominem* de una rara violencia.

El reforzamiento del papel del juez de instrucción se superpone curiosamente de un aumento del poder del Ministerio Público, observa Denis Salas, secretario general de la Asociación francesa para la historia de la justicia. Los fiscales benefician de autonomía funcional, a falta de independencia estatutaria : esta doble aumentación de poder provoca tensiones ». Tensiones que se agregan a la presión de los políticos cuando el juez se aproxima al núcleo de las decisiones. Con la siempre temible cuestión de la legitimidad y el eterno espantapájaros del gobierno de los jueces.

Dos legitimidades coexisten, política y judicial, es un movimiento profundo y bastante nuevo, analiza Denis Salas. Se ha producido una erosión de la legitimidad electiva, con una exigencia creciente de transparencia, de moralidad pública, y una indignación bastante general frente a la corrupción. Ahora bien, el político es incapaz de generar su propia virtud y necesita, para volverse a legitimar, de una autoridad distinta a él mismo, autoridades administrativas independientes o jueces ». Así, ha sido creada, en 2013, la Alta Autoridad para la transparencia de la vida pública, autoridad deontológica previa, para la prevención, interviniendo la autoridad judicial después para la sanción.

Esta traducción institucional coloca al juez en el primer plano del escenario : sus decisiones son escrutadas, discutidas, rechazadas. « El tercer-poder » del juez, entre el pueblo y sus representantes (Le Tiers-Pouvoir, Denis Salas, Fayard, 2013) está por ser adquirido, bajo la presión de la sociedad civil, a pesar de una relativa inmovilidad. Pero no sin rechinamientos y sin legítimas fricciones.